



● Perfil nuevo de la lírica nacional.

El romanista alemán Ernesto R. Curtius nos enseñó que la literatura occidental vive de tópicos, es decir, de lugares comunes acuñados en frases breves que con el tiempo dan en verdaderas fórmulas. Hay tópicos para empezar un relato para concluirlo: "no soy el más digno, perdón el versado lector la humildad de este escrito... no quiero fatigarte más con mi canto, etc." En tópicos viejísimos se expresa la transitoriedad de las cosas sujetas al tiempo: "¿Qué se hizo el rey don Juan, los infantes de Aragón qué se hicieron?" Es la fórmula de la interrogación sin respuesta, que incluso se da en la liturgia de la Iglesia: "Muerte, ¿dónde está tu aguijón?" Ya Horacio acuñó el tópico del gozo en su célebre verso "carpe diem", o sea, coge, goza el instante, y lo han repetido sin cansancio poetas tan eminentes como Garcilaso de la Vega, Ronsard, Lope de Vega y Rubén Darío.

Entre estos lugares comunes universales se encuentra el poner a la rosa como imagen de la fugacidad de la vida, particularmente de la vida en cuanto tiene de hermosura y lozanía. Calderón de la Barca logró una expresión superior para dicha imagen. Significativa sería una antología poética con temas de la rosa. Dos poetas chilenos, al menos, la enriquecerían. Pedro Prado, desde luego, autor de un libro inolvidable: No más que una rosa; y ahora, Alfonso Alcalde, cuyo libro Ejercicios con el tema de la rosa nos llega en una agradable edición preparada por Zig-Zag. Ambos poetas se suman con originalidad a la tradición antigua y ponen una flor más en esta corona nada pequeña. Porque lo curioso en esto de

Por Hugo Montes

El Poeta y la Rosa

la tónica es que en ella se da la creación. Lo nuevo ocurre en odres viejos. ¿Cómo no recordar al pensador español cuando decía que todo lo que escapa de la tradición es plagio? Ampliando un poco estas consideraciones no está de más recordar que la novela más revolucionaria del siglo XX, el Ulises de Joyce, tuvo que recurrir a un título no precisamente muy novedoso.

La edición de Zig-Zig está ambientada en la Edad Media, con dos dibujos, uno de amor y otro de muerte. El Roman de la Rose podría haberse ilustrado igual. La forma empleada por Alcalde es de sonetos libres, sin rima, sin ritmo marcado a pesar de la preminencia de los endecasílabos, con encabalgamientos duros que obligan a leer como si de prosa se tratara. Cada poema está precedido de la enunciación de su tema central; recurso curioso hoy día, en que predomina un afán de hermetismo. Los poetas del barroco solían usarlo, especialmente en la poesía de circunstancias. Algunos de estos enunciados son muy hermosos, casi más que el soneto mismo. Reproducimos dos: "Finge a la rosa una canción de cuna en que la ternura puede causar algún efecto provechoso... A la hora final de los recuentos, el poeta entrega su veredicto a la rosa y la sigue amando aunque se le escurra entre los dedos, como aquella agua que canta sus desdichas tan a prisa." La verdad es que, además de hermosas, tales explicaciones son útiles, porque la poesía de Alfonso Alcalde es abstracta, cuesta penetrar en ella. La dificultad no viene del léxico, de la sintaxis ni de alusiones históricas o mitológicas. Se trata de la enorme libertad de asociar. El poeta lleva

al lector por sendas inesperadas, llenas de recuerdos, de subidas y bajadas extrañas. Lo que empezó siendo ternura rematará en narración casi prosaica; al inicio tan concreto puede seguir la abstracción mayor. El lector debe acomodar su retina una y otra vez, ha de ser dócil porque de otro modo se perderá. Su fantasía puede extraviarlo. Alfonso Alcalde exige entrega. Su palabra es ceñida, rigurosa, difícil por lo inesperada. Aquí está su originalidad; aquí también su peligro. Léase, por ejemplo, esta estrofa, inicio de uno de los últimos poemas del libro:

No me vengas a originar la belleza, basta cada uno, agrade, después bifurca, pifia, además infula, menor, raspa el pavor certidumbre, cada uno separado junto.

Léase el verso final del mismo poema: "¡Oh si de rosales se fueran hizo los años!" Textual y gramaticalmente, un disparate. Poéticamente, la expresión acertada de la furtividad de la rosa que siempre aparece para luego desaparecer, siempre, a través del tiempo. De exagerarse, el procedimiento puede resultar un fracaso: la poesía, querámoslo o no, debe continuar siendo comunicación. Pero entiéndase bien, hablamos de peligro, no de defecto.

Es curioso que el arte moderno requiera del absurdo para producir su efecto. Esta, por momentos no escasos, es también poesía del absurdo, que el calificativo no cuenta únicamente para el teatro derivado de Ionesco. En todo caso, Alfonso Alcalde ha escrito un libro de poemas que enriquece con perfil nuevo la lírica nacional.